

muy bien llevarse allí por la vía de mar más bien que por el camino de Sahara tan peligroso como largo.

Cartago expedía pues para Roma animales feroces ó gacelas destinadas al anfiteatro, caballos húmedos, maderas preciosas, polvo de oro, marfil, negros, mármol de Numidia y aquellas piedras que se llamaban por su nombre griego calcedonias, de que se hacían vasos de mucho precio.

Hemos dicho en otro lugar lo que daba la Cirenaica. A espaldas de esta provincia pasaba la vía comercial que unía el Este, el Sur y el Oeste del Africa. La gran caravana, que partía del alto Egipto, atravesaba los oasis de Ammón (*Syuh*), de Augila (*Audjelah*) y de los Garamantes, donde



Augusto de toga (1)

encontraba á los comerciantes de Leptis, y después descendía al Sur por el país de los Atarantes (*Tegerry*) y de los Atlantes (*Bilma*) para encontrar á los de la Nigricia.

Esta vía descrita por Herodoto, hace dos mil trescientos años, es todavía la que siguen las caravanas del Cairo hasta las fronteras del Burnú, porque la naturaleza no ha trazado otra. Después de la tercera guerra púnica, Leptis heredó este comercio, que tuvo que partir con la nueva Cartago, aunque reservándose la mejor parte.

Para casi todas estas mercancías, el mar era el mejor camino que seguían millares de naves encargadas de hacer el transporte. No teniendo brújula ni reloj marino, cuando las nubes y las brumas cubrían los astros podían desviarse de su rumbo al punto de arriba, como el barco de San Pablo á Malta en vez de entrar en el Adriático. Por eso se

(1) Museo del Louvre.

suspendía la navegación en el invierno, tanto por la cerrazón del cielo como por el amago de las tempestades. Pero por tierra guiábanse los viajeros por muchos puntos y señales, por torres de fuego y faros, que los griegos habían inventado y multiplicaron los emperadores. El más famoso era el de Alejandría, que tenía unos 160 metros de altura, y un alcance de 60 kilómetros la luz que se encendía en su cúspide.

Así bajo la protección y solicitud de una administración vigilante, se extendía la vida civil, y los pueblos tomaban ó renovaban los hábitos de estos provechosos cambios, cuyas ventajas conocían desde larga fecha la población griega y los antiguos súbditos de los cartagineses, y de cuyos provechos participaban los romanos, que eran los banqueros del mundo, hacía siglo y medio.

Dos cosas aseguraban esta prosperidad general: un gobierno que concedía mucho á la iniciativa individual, y una profunda paz que no mantenía la fuerza ni el temor. Léase en Josefo el discurso de Agripa: «Un cónsul sin un soldado manda en las quinientas ciudades de Asia, y tres mil legionarios bastan para la guarnición de aquellos países tan rebeldes á toda autoridad, el Ponto, la Cólquide y el Bósforo. Cuarenta navíos han llevado la seguridad á los inhospitalarios mares del Euxino, y la Bitinia, Capadocia, Panfilia y Cilicia pagan tributo, sin necesidad de fuerza armada que las obligue á ello. En la Tracia dos mil hombres; en Dalmacia, España y Africa, una legión; en la Galia mil doscientos soldados, tantos como ciudades tiene. He aquí las fuerzas que aseguran la obediencia de esas vastas y poderosas regiones. ¡Ah! sólo Dios ha podido levantar al pueblo romano á semejante grado de poder y felicidad. Una rebelión contra él sería una rebelión contra Dios.»

A esta idea de un levantamiento afortunado, Tácito también se espanta, pero por la humanidad entera. «Si los romanos desaparecieran de la tierra, ¿no lo permitan los dioses! ¿qué vendría después sino la guerra universal entre las naciones? Han sido necesarios ochocientos años de fortuna y disciplina constantes para levantar este coloso, que aplastaría con sus ruinas á quien intentara falsearlo (2).»

Pero nadie tenía tal pensamiento. Plinio presenta á las naciones olvidando sus antiguos odios y descansando de sus inquietudes y peligros en el seno de una paz, que no era sino una prolongada fiesta.

Hay que desconfiar de las demostraciones oficiales de la gratitud pública: todos los poderes las han tenido, aun la víspera de su caída; porque el poder está rodeado de un esplendor que atrae á la multitud y la fascina. Pero si los templos, los altares consagrados al genio de Augusto, los juegos quinquenales instituidos en todas las ciudades en su honor eran prueba de la adulación universal, eran también prenda de sentimientos verdaderos, y atestiguando Virgilio la felicidad de Roma en el seno de la profunda paz y de la serena grandeza que Augusto le había dado, era el eco sincero de la opinión pública. Cuando representa las innumerables víctimas inmoladas en los altares de los trescientos templos que el príncipe ha reconstruido, los himnos religiosos que las mujeres entonan en los sagrados recintos, Augusto sentado en el umbral de la mansión de Apolo, pasando revista á los cautivos de las naciones ó haciendo

(2) Hist. IV, 74. *The roman was emphatically a peacemaker to the ever-warring, self-destroying barbarians. Without the providential interference of Rome the savage tribes of Europe would have in time annihilated each other (The Romans of Britain, by A. Ch. Coote, 1878, p. 21).*

suspender de las columnas de los templos los donativos de los pueblos y de los reyes, parece que se ve á la ciudad entera estremecida de alegría y de gratitud (1).

Oíd también á Plinio el Antiguo hablando con una especie de piedad religiosa de aquel pueblo escogido por los dioses para reunir los imperios dispersos, suavizar las costumbres, acercar por medio de la comunidad del lenguaje los idiomas discordantes y salvajes, dar á los hombres la facultad de entenderse y amarse y abrazar, en fin, en una misma patria á todas las naciones de la tierra (2).

Pero al entusiasmo del filósofo y del poeta prefirió un testimonio menos brillante, pero más cierto. «Un día que Augusto navegaba á lo largo de las costas de Puzolo, los pasajeros y los nautas de una nao de Alejandría se acercaron á saludarlo engalanados con blancas vestiduras y guirnalda de flores. Ante él quemaron incienso como ante un dios, diciéndole al mismo tiempo: «Por tí ¡oh Augusto! vivimos; por tí somos libres, y á tí te debemos nuestras riquezas y la seguridad de que gozamos.»

Quedó Augusto tan complacido de estas demostraciones tan sencillas como espontáneas, añade su biógrafo, que hubo de distribuir cuarenta monedas de oro entre los hombres de su séquito, á condición de emplear este dinero en comprar mercancías de Egipto.

Los días siguientes dió á los alejandrinos togas romanas

y á los romanos mantos griegos, y quiso también que cambiaran de lenguaje ó sea que los griegos hablaran en latín y los latinos en griego (3).

Era una doble imagen de la mezcla que comenzaba á hacerse entre las naciones; mezcla que se hubiera consumado á buen seguro, si esta prosperidad hubiera dependido de las instituciones, siempre más duraderas, en vez de depender de la efímera vida de un hombre.

Hay que sacar otra consecuencia de la fatigosa pero necesaria exposición, que hemos desarrollado en este largo capítulo. Si el comercio trasportaba mucho, claro es que abundaban los productos agrícolas é industriales. La industria y la agricultura se encontraban pues en un estado próspero y floreciente.

Esta laboriosa actividad exigía numerosos brazos; brazos de esclavos, y brazos de hombres libres: á los unos daré el trabajo acomodo y bienestar; á los otros la libertad apetecida, y este gran comercio será una causa de emancipación, que cambiará las condiciones económicas de la antigua sociedad. En los campos, á medio camino de la libertad y de la servidumbre, se formará la clase de los colonos; y en las ciudades la de los pequeños industriales, que para protegerse mutuamente se asociarán en corporaciones ó gremios. Este será el principio de una evolución social que heredará la Edad media.

CAPITULO LXVIII

ORGANIZACIÓN DE LAS FRONTERAS

I. — FRONTERA DEL ESTE Y DEL SUR.

Hacia el año 19 a. J. C., época del último viaje de Augusto á Oriente, la obra de la fundación del gobierno imperial, como él lo había concebido, estaba terminada. Seis años hacía que había cerrado el templo de Jano y la tranquilidad reinaba en los ánimos y en las provincias. Cepión y Murena que se habían atrevido á conspirar contra una prosperidad tan extraordinaria, no habían encontrado cómplices. El trabajo volvía á tomar posesión de aquel mundo de que se le había expulsado, y por una excepción, rara en la historia de las naciones, una gratitud unánime saludaba como á un dios salvador al autor de todos aquellos bienes.

Augusto, sin embargo, no había hecho más que la mitad de su tarea: restábase asegurarse, por la política ó por las armas, de muy fuertes fronteras, para que importunas agresiones no vinieran á turbar aquel gran trabajo de pacificación. En Europa era menester fortificar la gran barrera del Rin, encerrar los Alpes en el imperio y llevar al Danubio los puestos avanzados de las legiones; en Asia, poner á la Armenia bajo la influencia romana é intimidar á los partos; en Africa, contener á los nómadas y restablecer en aquel viejo mundo las antiguas vías de comercio seguidas por los cartagineses y los Tolomeos.

A dar fe á un documento oficial, hízose todo esto con innumerables victorias. «He sido proclamado, dice Augusto, veintiuna veces *imperator*: por las victorias de mis tenien-

tes, decretó el senado cincuenta y cinco veces acciones de gracias á los dioses, y en mis triunfos, nueve reyes ó hijos de reyes iban delante de mi carro.»

El nuevo príncipe no fué tan belicoso; tenía poca afición á la guerra, y en la historia militar de su reinado han de verse más bien una serie de grandes medidas y disposiciones políticas que combates y conquistas. Ningún soberano buscó más sinceramente que Augusto la paz en la guerra.

En Oriente, donde la sociedad griega, desde muy larga fecha sometida y segura, le dejaba poco qué hacer, hubo de aprovechar su residencia para determinar las relaciones del imperio con los armenios y los partos. Por esta parte no tocaban los romanos al Eufrates sino por la Siria, y salvo este corte la línea de las fronteras, desde el Ponto hasta el mar Rojo, estaba cubierta por Estados vasallos. Augusto acababa de asegurarse de su fidelidad; aquí cambiando los jefes, allá concediendo favores, como había hecho con el capadocio Arquelao y con Herodes, rey de los judíos, cuyos dominios había aumentado. Estos cambios, hechos con autoridad, la presencia de Augusto, la proximidad de un ejército romano y, sobre todo, el respeto impuesto por la marcha sabiamente ordenada de un imperio tan agitado antes, hubieron de producir en el ánimo de armenios y partos una impresión tan profunda como favorable y depusieron las armas sin combate.

En Armenia reinaba á la sazón Artaxias, hijo de aquel Artavasdes tan indignamente tratado por Antonio y naturalmente enemigo de los romanos. El año 20, intrigas que no conocemos y que llama Tácito una maquinación de sus deudos, pero donde puede verse sin escrúpulo la mano de

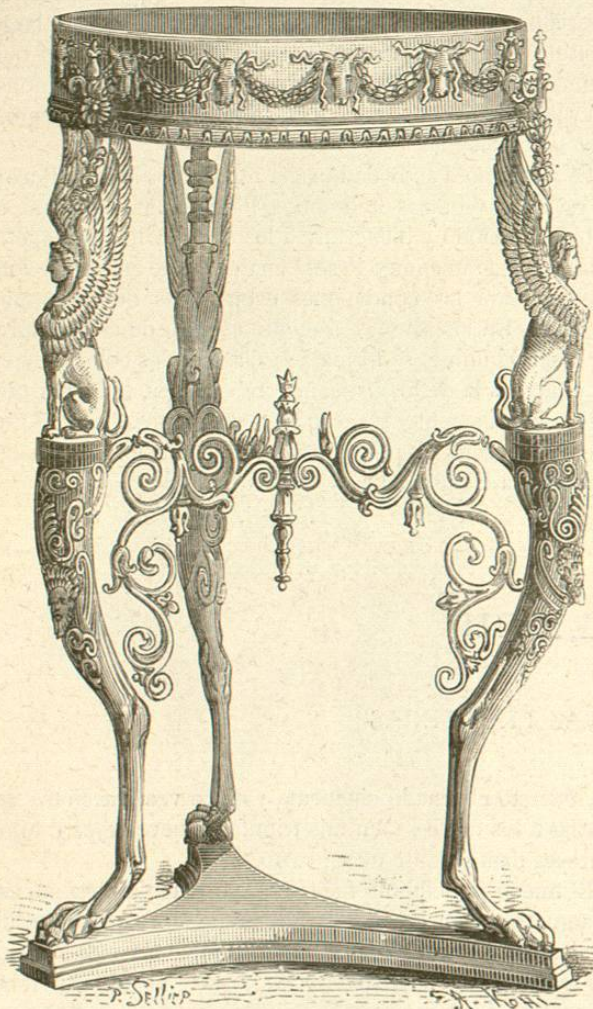
(1) *Aeneid*, VII, 710. V. también *Hor. Carm.* IV, v, 17 y sig. *Tutus vos... rura perambulata, Pacatum volitant per mare navita.*

(2) *Plin. Hist. nat.* III, 6.

(3) *Suetonio, Octav.* 93.

Roma, lo precipitaron del trono, y con esto unos diputados de Armenia vinieron á suplicar á Augusto que les diera por rey á Tigranes, otro hijo de Artavasdes. Educado en Roma este príncipe, no podía ser en el trono de Armenia, sino un procónsul romano á devoción de Augusto. Este se dió buena prisa en enviarlo al Asia con Tiberio y un ejército.

El ejército fué inútil: los armenios dieron muerte al rey destronado Artaxias, y Tiberio que creía haber de combatir



Trípode para sacrificios (1)

para desempeñar su misión, no tuvo más que ceñir la corona á la frente del nuevo real vasallo del imperio.

A estas noticias hubieron de espantarse los partos. Desde sus victorias sobre Antonio, había pasado Frahates por muchas vicisitudes: expulsado dos veces de sus Estados por un competidor, al cual acogía Siria cuando iba de vencida, y otras dos restablecido por los escitas, veíase rodeado de enemigos y temblaba al menor ruido de armas que se oía á orillas del Eufrates. El año 23, su rival Tiridates preparaba la tercera invasión desde el fondo de las provincias romanas, y el príncipe reinante pidió su extradición. Por toda satisfacción se le envió uno de sus hijos que tiempo atrás había caído en poder de los romanos, haciéndole prometer en cambio que devolvería los estandartes del ejército de Craso. Por espacio de tres años, hízose el olvidadizo; pero los acontecimientos de Armenia despertaron su memoria y vió Augusto cómo los partos renegando tímidamente de sus glorias militares le restituían los estandartes de las legiones y los prisioneros por ellos vencidos.

(1) Trípode de bronce procedente del templo de Isis en Pompeya y ahora en el museo de Nápoles.

Por su buen efecto en la opinión, este triunfo pacífico valió más que una victoria bélica, y Augusto manifestó su gratitud á Frahates con ricos presentes.

Pero estos presentes eran también una perfidia, como quiera que le envió con ellos una hermosa italiana, de nombre Musa ó Termusa, la cual, adiestrada en su papel, hubo de tomar tal ascendiente y predominio en el ánimo del rey bárbaro, que después de haber suplantado á todas sus rivales y logrado que se la declarase reina, consiguió también de su apasionado esposo la promesa de confiar todos sus hijos á Augusto.

Desde entonces, tuvo ya Roma el medio de responder á una agresión de los partos enviándoles la guerra civil. Los sucesores de Augusto juzgaron bueno el procedimiento, y á menudo hicieron á los príncipes de Oriente agasajos de vasos de oro y plata artísticamente cincelados, de ricas telas y vinos preciosos, y sobre todo, de preciosas esclavas.

La frontera del Eufrates iba pues á quedar en seguridad, gracias á las cuatro legiones acantonadas en la Siria, á los Estados vasallos escalonados á lo largo del río, á aquel Tigranes de Armenia, educado en Roma y coronado por Tiberio, y sobre todo, á la hermosa italiana Termusa que reinaba por Roma en Tesifonte, tomando las precauciones necesarias para que su hijo, el príncipe Frahataces, cobrara cariño á la corona del viejo monarca: eran sólidas y no pocas ventajas.

En Roma, sin embargo, se esperaba más: allí sólo se hablaba de conquistas que dieran al imperio el Océano por ceñidor, de modo que hubiera en la tierra un príncipe, soberano de las naciones, como había en el cielo un dios, soberano del Olimpo (1). Propercio, Tibulo, Horacio habían olvidado un momento sus ligeros amores para celebrar á los héroes que iban á escalar los muros de Bactres, á despojar á sus perfumados jefes de sus túnicas de lino, á domar á los seros cabalgando en fieros caballos, cubiertos de hierro, á los fríos getas y á los indios tostados por el sol.

Virgilio también participaba de la embriaguez general y veía ya á Augusto elevando columnas triunfales á los dos extremos del mundo.

El príncipe, más discreto que sus poetas, se había contentado con obtener de los partos un acto de deferencia, que podía muy bien tomarse por un acto de sumisión, y se había asegurado garantías entre ellos, procurándose el medio de intervenir en sus negocios. A fin de mantenerlos más seguramente en paz, había reanudado las relaciones de Marco Antonio con Canichka ó su sucesor, y este poderoso rey de Bactriana, que mandaba, dice Estrabón, en seiscientos príncipes establecidos á una y otra orilla del Indo, le envió á Samos una suntuosa embajada, cuya llegada hizo mucho ruido en el imperio, sobre todo, cuando en presencia de Augusto, un filósofo que acompañaba á los enviados, entró riendo en la hoguera que se había hecho preparar en Atenas.

Una cosa más seria que la inútil muerte de este loco vanidoso, era ciertamente el establecimiento de relaciones amistosas con el príncipe indio y con otros sin duda, porque la misma política se encuentra en todas las fronteras. En la inscripción de Ancira, enumera Augusto con cierta complacencia los pueblos que habían solicitado su amistad, y se precia de haber recibido muchas embajadas indias, siendo en esto el primero de los jefes de Roma.

(1)

*Caelo tonantem credidimus Jovem
Regnare; prasens divus habebitur
Augustus...*

(Horacio, *Carm.* III, v, 1-3.)

Y con razón se gloriaba de esto, estando el comercio interesado en estas relaciones tanto como la política, es decir tanto la riqueza como la paz del imperio. Durante su principado, ni una vez se turbó el orden seriamente en las provincias orientales. La expedición que el emperador envió hacia estos términos, el año primero de nuestra era, á las órdenes de C. César, menos tuvo por objeto defender la Si-



Frahates y Termusa (1)

ria, que no estaba amenazada, que llamar la atención del imperio hacia el joven heredero de Augusto y procurarle á poca costa cierto renombre militar. El rey de los partos salió á recibirlo hasta la orilla del Eufrates; atención que debía asegurar la tranquilidad de aquellas regiones, mostrándoles estrechamente unidos los dos imperios. La Armenia se agitaba; Cayo César entró en ella y después de fáciles ventajas, impuso allí por rey al medo Ariobarzanes. Establecidos entre los armenios y los partos, tenían interés los medos en anudar relaciones con Roma; Augusto aceptó esta alianza que ya habían ofrecido ellos á Antonio, y á la muerte de Ariobarzanes dejó que le sucediera su hijo Artavasdes. La dinastía meda se afianzaba pues en el trono de Armenia; pero según parece, hubo de formarse una oposición nacional contra los príncipes extranjeros: Artavasdes fué asesinado, y renunciando entonces Augusto á una política que daba tan funestos resultados, envió á los armenios un descendiente, verdadero ó supuesto, de sus antiguos reyes, Tigranes, á quien no cita ningún historiador, pero mencionado en el *Monumento de Ancira* (n.º 27).

Un acontecimiento que hizo menos impresión que estas catástrofes reales, es para nosotros más significativo: la muerte de Lolio, que el emperador había dado por guía á su nieto. El consejero vendió su crédito é influencia á los reyes de Oriente y acumuló en poco tiempo escandalosas riquezas: el rey parto, á quien sin duda quiso el desleal someter á un rescate muy crecido, denunció sus indignos manejos, y Cayo, aunque tan mozo, lo expulsó airado de su casa. Después de esta vergüenza, no le quedaba á Lolio más recurso que la muerte, y se envenenó.

De esta muerte deducimos la consecuencia de que si los hábitos proconsulares no se habían olvidado todavía, era muy arriesgado practicarlos.

En la Judea, murió Herodes cuatro años antes de nuestra era; y su hijo Arquelao, designado por él para sucederle, no se atrevió á tomar el título de rey sin el consentimiento del emperador, que sólo le concedió el de etnarca con la Judea, la Samaria y la Idumea. Pero habiendo causado su crueldad sangrientas turbaciones, Augusto, que no las quería en ninguna parte, lo obligó á comparecer á su presencia para que respondiera á las quejas y acusaciones de sus súbditos, y resultando culpable, lo desterró á Viena donde murió el año 6 de J. C.

Mientras la Judea era periódicamente ensangrentada por

(1) ΒΑΣΙΛΕΥΣ. Busto del rey Frahates... ΜΟΥΣΗΣ ΘΕΑΣ... Busto de la reina Musa ó Termusa, ceñida de tiara. Moneda de plata.

las violencias de sus régulos y facciones, la Siria desarrollaba su prosperidad en el seno de la fecunda paz que debía á Roma. Ganados, en fin, por este contraste, solicitaron y obtuvieron los judíos la incorporación de su país al dominio del imperio. El cambio fué muy sencillo: hubo en Palestina un rey menos, un rey y una corte con multitud de intrigas y exacciones; y un procurador más con el *ius gladii*, aunque subordinado á la autoridad superior del gobernador de Siria. El país conservó su religión, sus libertades municipales y sus derechos de justicia, aunque sus magistrados no podían imponer la pena capital sin el consentimiento del procurador romano. Era una precaución contra los odios locales y una garantía para los condenados.

Al Sur del imperio habían ocurrido algunas guerras antes de la estancia de Augusto en Oriente y durante ella. Todos los años flotas considerables atravesaban el mar Rojo en demanda de la India, y por los mismos peligros y dificultades de aquellas aguas tenían necesidad de hallar en su rumbo puertos de refugio. Augusto se propuso someter á los pueblos que habitaban aquellas costas y poner la mano sobre el Yemen, donde creía la antigüedad que la naturaleza había acumulado inagotables riquezas. El año 24 partió de Egipto Elio Galo con diez mil soldados, llevando por guía un jefe de nabateos (2). Estos árabes cuya capital era el depósito del comercio de toda la península, tenían interés en que fracasara la expedición de Galo, y éste engañado por su guía anduvo seis meses por pavorosos desiertos. To-



Vaso de plata, encontrado en Georgia (3)

mó, sin embargo, muchas ciudades y penetró hasta dos jornadas del país de los aromas. Pero las enfermedades y la falta de víveres lo obligaron á volver atrás.

(2) Sigo la cronología de Clinton (*Fasti Hellen*). Sin embargo, Estrabón, amigo de Galo, pone la expedición de la Candace al mismo tiempo que la de los romanos en Arabia. Estas dificultades no son inconciliables. Galo, que partió el año 24, pasa el estío y el invierno en Leucecome, anda errante seis meses del año 23 y emplea dos en volver á orillas del mar Rojo, puede muy bien no haber vuelto á Egipto hasta principios del año 22.

(3) Este vaso de plata, recortado sobre un fondo de cristal, se encontró en 1871 en la Georgia y se conserva ahora en el Museo de San Petersburgo.

Entre tanto la Candace, reina de Etiopía, creyendo desguarnecido el Egipto, lo invadió y tomó las ciudades de Siene, Elefantina y Filas (22 a. J. C.). Petronio, con diez mil hombres solamente expulsó á los etíopes y los persiguió espacio de 970 millas, hasta su capital Napata, de que se apoderó. Otro ataque de Candace contra un puesto que el prefecto había fortificado á cinco jornadas al Sur de Filas (21 a. J. C.) fué también muy desgraciado para la reina, la cual consintió en pagar un tributo y en enviar embajadores á Augusto. Este los recibió en Samos, adonde fue-



Lucio César (1)

ron también con presentes diputados indios y escitas. Satisfecho de haber hecho comprender á aquel pueblo que los desiertos no lo ponían fuera del alcance de su mano, tuvo Augusto la prudencia de renunciar el tributo.

Esta doble expedición de los dos lados del golfo Arábico no dió brillantes resultados; pero, á lo menos, el nombre romano y cierto temor saludable llegaron á aquellas regiones, y con esto el comercio del mar Rojo tomó más incremento (2).

Los fastos capitolinos registran este año 21 un triunfo de Sempronio Atratinio, por el Africa, y el año 19 otro, también africano, concedido á Cornelio Balbo (3). Este procónsul de Africa había penetrado, á las huellas de los antiguos comerciantes cartagineses, hasta el Fezzán (4), vasto oasis, que

(1) Lucio César, hijo de Agripa. Estatua encontrada en Telesia, cerca de Capua (Museo de Nápoles).

(2) El joven Cayo fué más tarde á ostentar otra vez las águilas romanas á la Arabia y hasta las orillas del mar Rojo, donde, según Plinio (*Hist. nat.* II, 67), hubo, de reconocer los despojos de navíos españoles que habían naufragado en aquellas costas.

(3) Floro (IV, 12) habla de una expedición afortunada de Quirinio contra los marmarides y los garamantes.

(4) Su capital actual, Murzuk, situada en el centro del país, está á 35 jornadas de Trípoli.

fué siempre el principal mercado del Africa setentrional. Es el punto de encuentro de las caravanas que salen de Marruecos y de Egipto, del Sudán y de las orillas del Mediterráneo: cuéntanse allí cien villajos.

Balbo agregó este país al Africa romana (5) y hoy todavía se ve en su frontera, en los pozos de *Bonjem*, un edificio romano construido con enormes cuadros de piedra: era una estación de las tropas imperiales (6).

Así, pues, los romanos penetraban en el desierto para reanudar las antiguas relaciones de Cartago, de la Cirenaica y de Egipto con los mercados interiores, y sus flotas se aventuraban á través del Océano Indico. En esta frontera la política de Augusto era enteramente comercial, emprendedora, activa, y el resultado será para estas provincias una prosperidad mayor ó más duradera que en ningún otro punto del imperio.

En Asia, donde se había encontrado enfrente de viejos Estados, cuyos recursos conocía, se mostró firme, pero reservado, compitiendo en habilidad más bien que en fuerza: así fundó aquel sistema de influencia y de intervención pacífica, que hará reinar por mucho tiempo la paz á orillas del Eufrates. Con esto, cuando después de dos años volvió á Roma, que Egnacio Rufo agitaba en nombre de la libertad de los comicios, olvidando el pueblo las quejas y los consejos del ambicioso á quien siguiera un momento, como seguía toda curiosidad, corrió á recibir al príncipe y le ofreció el consulado á perpetuidad con la prefectura de las costumbres.

En esto no había servilismo ni flaqueza, porque todos estaban bajo la fascinación de un encanto y aceptaban todos aquella dominación que buscando sólo la paz encontraba también la victoria; y se repetían los inspirados versos en que el amigo de Mecenas presentaba fugitiva á la reina de Etiopía, á la Armenia casi domada, á los dacios vencidos, y en medio de una corte formada por los diputados del mundo, un jefe parto de rodillas ante Augusto, recibiendo de sus manos una corona, como si Frahates debiera la suya al emperador (7).

Nada había halagado tanto el orgullo romano como esta aparente sumisión de un enemigo invencible al parecer. En recuerdo de esta victoria sin sangre ni lágrimas, se erigió un arco triunfal al que había rescatado las águilas cautivas, las cuales se colocaron en el templo de Marte Vengador, donde todos los reyes que soliciten la amistad de Augusto vendrán á jurar su buena fe ante aquellos reconquistados trofeos.

Augusto se sentía feliz en aquel momento, en que todo sonreía á su fortuna y servía á su grandeza. La paz reinaba en las fronteras, en el interior estaba vencida la anarquía, y sabias leyes y reformas legitimaban su poder. En torno de sí se agrupaba una familia numerosa y gloriosos genios. Octavia le quedaba; Julia, casada con Agripa y protegida contra sus vicios por las virtudes de su esposo, respondía á los votos del emperador con una dichosa fecundidad:

(5) Plin, *Hist. nat.* V, 3. Las dos principales ciudades tomadas por Balbo eran Cidamo, hoy Ghadames, á 80 leguas de Trípoli, y Garama (Germah) más lejos.

(6) La inscripción que allí se lee lleva el nombre de Septimio Severo (*Lyon's Narrative of travels*, VII, p. 240). Este viajero encontró en 1819 este gran oasis bien árido, pero lo considera como etapa necesaria para los que van de la Tripolitana al Sudán. Los viajes más recientes de Barth, Overweg, Vogel, Beumann, Gerhard, Rohlf y Nachtigal no han tenido aún otro resultado que ampliar nuestros conocimientos geográficos en aquellas inhospitalarias regiones.

(7) Suet. *Octav.* 21; Just. XLII, 5; Horac. *Epist.* I, XII; *Carm.* I, XI; II, IV, 8.

Cayo y Lucio, adoptados por Augusto, iban á continuar la sangre de los Césares (1).

Sin embargo, Livia no veía aún en estos niños rivales para sus hijos; Tiberio no mostraba más que talentos, y Druso el mayor, amado del pueblo y de los soldados, iba á dar pruebas de su valor. Con todo eso, algunas nubes habían pasado por aquel brillante horizonte. Marcelo había muerto, y la poesía se velaba de luto porque el cantor de Eneas expiraba en aquella misma hora en Brindis, y Tíbulo iba tras él al sepulcro.

Pero la muerte de Marcelo había devuelto el fiel Agripa al imperio; Ovidio y Propercio reemplazaban á Tíbulo, y las musas podían repartir entre Horacio y Tito Livio las coronas caídas de la frente de Virgilio.

II. - FRONTERA DEL RIN Y DEL DANUBIO.

El primer golpe contra esta gran prosperidad vino de los lugares de que vendrán todos los peligros del imperio, de las orillas del Rin. Sicambros, usipetes y ténteres habían pasado el río, batido la caballería romana y quitado á Lolio el águila de la quinta legión. A este ataque, como á una señal convenida, respondió á todo lo largo del Danubio un grito de guerra. El mundo bárbaro parecía levantarse como un solo hombre. La Istria y Macedonia fueron invadidas, y el vasallo de los romanos en Tracia, Remetalces, llamó en su ayuda á las legiones contra los besos y los sauromatas (17 y 16 a. J. C.).

Bien que sorprendido Augusto, obró con resolución: abrió el templo de Jano, y compartiendo, como lo había hecho ya otra vez, la administración del imperio con su yerno Agripa, asociado en aquel momento por cinco años al poder tribunicio, lo envió á Siria para evitar que las turbaciones tuvieran eco en Oriente. Algunos meses después se trasladó él mismo á la Galia (16 a. de J. C.). A su llegada, volvieron los sicambros á sus bosques, después de entregar rehenes, y sus tenientes en Germania, Panonia, el Nórico y la Tracia tomaron en todas partes la ofensiva y calmaron la agitación ó rechazaron allende el Rin y el Danubio á los pueblos que habían pasado estos ríos.

Superando á sus más audaces predecesores, el legado de Germania, Domicio Ahenobarbo, llevó sus águilas hasta la orilla derecha del Elba, hizo alianza con sus habitantes, y en medio de ellos erigió el altar de Augusto, á fin de invitar á aquellos pueblos al respeto del imperio y de sus dioses.

El altar de los ubios había sido el signo elevado por Roma á orillas del Rin para llamar á sí á la Germania occidental; el de Domicio, si puede durar, será el foco de que irradian la influencia romana entre el Elba y el Oder (15 a. de J. C.).

A su vuelta, construyó, á través de las pantanosas llanuras que separan el Ems del Vecta, los puentes largos (*Pontes Longi*). Con la espada ganaban las batallas los romanos; con fortalezas y vías de comunicación aseguraban sus resultados.

Entre las Galias y la Panonia, la frontera del imperio estaba cortada por los Alpes, esa fortaleza de la Europa central que ocupaban pobres y salvajes montañeses; estos tomaban lo que no tenían y devastaban en sus incursiones las ricas llanuras extendidas al pie de ambas vertientes. Recuérdese la desesperación de los helvecios, decididos á abandonar su patria para sustraerse á unas agresiones que no podían prevenir ni menos vengar.

(1) Nacidos el uno el año 20, y el otro el 17, y adoptados los dos por su abuelo.

No menos tenían que sufrir los cisalpinos, y para poner término á sus alarmas, dió Augusto á Druso y Tiberio el encargo de domar á los retos. Los dos hermanos que habían partido al mismo tiempo de Italia y de Galia, se encontraron en medio de la Recia, y perseguidos los bárbaros á través de sus lagos y acorralados en sus montañas, tuvieron que ceder á la disciplina romana. Como Agripa había hecho en otra ocasión con los cántabros, se les arran-



Druso el viejo (2)

có á los retos á su país, donde siempre se habían acordado de que habían sido libres: sólo se dejaron en él los hombres necesarios para el cultivo de los campos. Los tauroscos y los habitantes del Nórico tuvieron la misma suerte.

Los vencedores se dieron luego á los útiles trabajos de la paz, abriendo caminos y construyendo fuertes; y Augusto estableció audazmente más allá de las montañas y del Rin, á dos pasos del Danubio, una gran colonia que se denominó *Augusta Vindelicorum* (Augsburgo).

En comunicación con Italia por una vía que atravesaba el país de los grisonos y asentada á orillas del Lech, que cae á uno de los dos grandes ríos de Alemania y tiene sus fuentes cerca del otro, la capital de las nuevas provincias estaba bien situada para guardar la parte más vulnerable de la frontera romana en la Germania (3).

Más lejos, á orillas del Danubio y en el punto de encuen-

(2) Gabinete de Francia, donativo del duque de Luynes. Encontrada en 1848, en el Samnio, ha llevado esta cabeza tan expresiva, durante algún tiempo, el nombre de Druso, hijo de Livia. Esta opinión es muy problemática, pero por el trabajo puede fijarse la época de este bronce en el primer siglo de nuestra era y ver en tal personaje un contemporáneo de Augusto.

(3) La Recia y la Vindelicia no fueron consideradas como provincias hasta el tiempo de Tiberio.



Druso el viejo (medalla)